

BUZON FEMENINO

LA CARRERA MATRIMONIAL YA NO ES TAN FACIL COMO ANTES

Por Teresa de Escoriaza

La esposa moderna va haciéndose cargo de que la carrera matrimonial no es tan cómoda como de antemano creyera.

Y si eligió esta carrera, en vez de alguna otra, por antojársele más fácil, no ha de tardar en convencerse de su equivocación. La del matrimonio, como todas las demás carreras, o acaso más que ninguna, requiere una preparación seria. E ingresar en ella sin los prerrequisitos necesarios es exponerse al más lamentable de los fracasos. La esposa moderna, por muy moderna que sea, se da cuenta pronto de que para regir un hogar y hacer a un esposo feliz se necesita otro bagaje que el de un hornillo eléctrico, un abrelatas y una cotelera. Porque la felicidad de un matrimonio depende, no hay que olvidarlo, tanto de que la mujer sepa preparar un cocido como de que el marido sea capaz de aportar los ingredientes indispensables.

Cuando aseguramos que la esposa moderna va percatándose de su error al llegar tan poco prevenida al matrimonio, lo hacemos basándonos en el hecho de que basta que se anuncie un curso de ciencias domésticas o una clase de cocina para que inmediatamente quede la matrícula cubierta, y en su mayor parte por mujeres casadas, lo cual es de lamentar.

Es de lamentar, sí, esta circunstancia, no porque estas mujeres, una vez convencidas de lo limitado de sus facultades domésticas, no deban tratar de mejorar, sino porque debieran haber pensado en hacerlo antes.

En el noventa por ciento de los casos, la primera sombra que nubla la luna de miel suele ser proyectada por la ignorancia de la novia con relación a los quehaceres domésticos, en general, y a la cuestión culinaria, en particular.

Parece un absurdo, pero sucede, que el novio suele abstenerse de preguntar, mientras esta, en relaciones para casarse, si su futura sabe guisar. Acaso sea porque los hombres — ignoramos la causa — creen que la condición de buena cocinera es inherente a toda mujer, que es un don que les viene de naturaleza y que la nueva esposa sabrá dar el punto al arroz lo mismo que lo hacía su propia madre. Y así ocurre que les coge de sorpresa a todo marido el que su mujer no sepa distinguir entre el cordero lechal y la cabra montés.

Toda mujer con un poco de experiencia sabe que el éxito en el matrimonio depende más de su talento de ama de casa que de sus virtudes de esposa amante. Y que el saber hacer la vida confortable al marido le servirá mucho más que conservar a éste que todas las atractivos físicos y encantos espirituales que el cielo le haya deparado. No nos explicamos, por tanto, que una madre, que conoce a fondo la cuestión y que no sueña sino con la carrera del matrimonio para sus hijas, no las prepare mejor para ésta. A estas madres, pues, corresponde la responsabilidad de la ignorancia de las hijas en las cuestiones domésticas. Y no se concibe tanta crueldad al lanzar a semejantes jóvenes inexperimentadas a la más complicada de todas las carreras sin darles siquiera las primeras nociones; ni se explica su falta de conciencia al imponer a un infeliz muchacho una esposa que acabará por envenenarle dándole mala comida, o le arruinará tirando, como quien

dice, su dinero a diario en la caja de la basura.

Las madres suelen excusarse de la ignorancia en que mantienen a sus hijas sobre tales cuestiones diciendo que mientras puedan, quieren ahorrarles los trabajos y molestias que consigo lleva el cargo de ama de casa, ya que, desgraciadamente, no tendrán más remedio que aprenderlo por sí solas, después de casadas, como ellas también lo hicieron.

¡Sí; pero ¿quién les dice a esas buenas — o malas — madres que los yernos vayan a tener la misma resignación que sus maridos y si consentirán éstos en hacer de conejo de Indias para que sus mujeres experimenten sus guisos con ellos, y si resistirán a la prueba experimental sin que la felicidad de la hija sufra?

Hay que convencerse de que, al fin y a la postre, tras cuenta a toda esposa ser buena ama de casa. Después de todo, a ella le es encomendada la salud de su marido, y el que éste llegue a la vejez plétorica de energías y en la plenitud de sus facultades dependerá mayormente de cómo ella lo cuide, de cómo lo alimente y de que haga del hogar un sitio de paz, en vez de una casa de Tócame Roque, donde los nervios encuentran reposo en lugar de exacerbación. Mientras que los efectos redundarían en perjuicio propio.